

MUJERES EN EL EVEREST

Antxon Iturriza

Desde aquel 14 de julio de 1808 en que Marie Paradis, una humilde posadera del valle de Chamonix, realizara la primera ascensión femenina a la cumbre del Mont Blanc, la mujer ha venido teniendo a lo largo de la historia del alpinismo, aunque no un papel preponderante, sí una presencia reseñable, habida cuenta de los prejuicios y condicionamientos que rodeaban cualquier actividad de su sexo, fuera del reducido ámbito que le marcaban las reglas de la sociedad.

Sin embargo, con la afirmación progresiva del papel de la mujer más allá de los marcos de la familia y con su acceso a mayores cotas de libertad de acción, lo que durante años había tenido una incidencia circunscrita a personalidades muy singulares e individualizadas, iba a comenzar a adquirir caracteres de movimiento, en muchos momentos decididamente reivindicativo, de las posibilidades de la mujer dentro del alpinismo.

OBJETIVO: UN «OCHO MIL»

Un exponente de esta corriente iba a ser el proyecto, casi utópico en 1959, de escalar un «ocho mil» —el Cho Oyu— por una expedición íntegramente formada por mujeres, en la que figuraban los nombres más representativos del alpinismo femenino de aquel momento. El intento acabaría en tragedia cuando una avalancha arrasaba uno de los campos de altura, causando la muerte de dos escaladoras y un sherpa, pero este desenlace negativo, lejos de constituir un paso atrás, se convertiría en un camino a seguir por las siguientes generaciones, para las que aquellas pioneras habían abierto las puertas de las grandes cimas del Himalaya.

En el transcurso de esta evolución, en el que muchas otras cumbres famosas conocerían de la presencia de escaladoras, incluso es sus rutas más difíciles, la mujer iba a llegar también a las laderas de la cima más alta del mundo. En 1971, entre los componentes de una expedición internacional dirigida por Norman Dyhrenfurth figura la suiza Ivette Vaucher, quien junto a su marido Michel, también miembro del equipo, había ya realizado importantes escaladas como las caras Norte

del Cervino y de la Dent Blanche. Ambos son designados para formar parte de las cordadas que iban a intentar la cresta oeste del Chomolungma. En el desarrollo de la escalada, Ivette tendrá una actividad importante colaborando en la instalación del campo II y apoyando el asentamiento del tercero. Sin embargo, las condiciones climatológicas adversas y la muerte de un expedicionario, desbaratarían la progresión por la arista y posteriormente también el intento sobre la ruta originaria del Collado Sur. Junto con el fracaso de ambos proyectos se desvanecía, asimismo, uno de los objetivos de los rectores de la expedición, quienes perseguían en la persona de Ivette apuntarse la primera ascensión femenina al techo del mundo.

Un año más tarde y junto a una expedición británica, llegaba al pie del glaciar de Khumbu otra mujer, Berth Burke, esposa de Mike Burke, miembro destacado del equipo que Chris Bonington ha reunido para enfrentarse a la impresionante pared Suroeste del Everest. En este caso la aportación de Berth será más secundaria que la de su antecesora y se circunscribirá a las tareas de enfermera en el Campo Base, así como al mantenimiento de las comunicaciones con los campamentos de altura.

UNA PEQUEÑA GRAN MUJER

Pero la primera ascensión de una mujer al punto culminante de la tierra iba a estar rodeada de todos los condicionamientos que habrían deseado las defensoras más vanguardistas del alpinismo femenino. El 16 de mayo de 1975, una simpática japonesa llamada Junko Tabei ponía pie en la cima del Everest junto al sirdar Ang Tsering. Las agencias de noticias difundirían rápidamente por el mundo sus datos personales: 35 años, 1,52 de estatura, casada y con una hija de tres años. Sin embargo, al margen de los titulares anecdóticos quedaba el importante detalle de que el éxito había sido fruto de una expedición formada exclusivamente por 15 mujeres, miembros del Club Femenino Japonés del Himalaya.

Previamente, Junko Tabei había declarado con humildad típicamente japonesa, al

partir hacia su ambicioso objetivo, que «las mujeres —claro está— no somos tan fuertes como los hombres, pero intentaremos poco a poco alcanzar también la cima de la gran montaña». El desarrollo de la escalada le daría la razón pues el mérito de su éxito quedaría además realzado por haber tenido que vencer las consecuencias psicológicas y materiales de un gran alud que alcanzó de lleno al Campo II, hiriendo, aunque no de consideración, a siete escaladoras y a seis sherpas. Haciendo gala de una gran entereza, las japonesas consiguieron reorganizar el plan de ataque y el 15 de mayo Yurioko Watanabe, también casada y madre de dos hijos, dejaba instalado a 8.500 metros sobre la cresta cimera el campamento del que al día siguiente Ang Tsering y Junko Tabei partirían hacia la cumbre, para poner remate a los esfuerzos de escaladoras y sherpas.

LA NUEVA MUJER CHINA

Si habían tenido que pasar veintidós años desde la primera ascensión, para que una mujer lograra alcanzar la cima del Everest, curiosamente, tan sólo once días habría que esperar para que el hecho se repitiera. La nueva protagonista se llamaba Phantog y era una tibetana de 37 años, madre de tres hijos, que junto a otros ocho miembros de una expedición china llegaba a Chomolungma por la arista Norte. Era la primera ascensión incontestada al techo de la tierra por la vertiente tibetana, escenario de todos los primeros intentos de escalar esta montaña. Y al margen de que los aspectos políticos y propagandísticos dominaran netamente la dimensión alpinística de este importante logro, el repaso del desarrollo de la ascensión dejaba patente la importante presencia femenina entre los componentes del numeroso equipo que apoyó el intento. Así nos encontramos con que además de Phantog, una veterana que ya en 1959 había ascendido al Muztangh Ata de 7.546 metros, altitud nunca alcanzada hasta entonces por una mujer, otras dos féminas conseguían rebasar la cota de 8.600; tres alcanzaban 8.200, dos más 7.800 y siete 7.600 metros. Unos datos que reflejan

significativamente el gran cambio de concepciones experimentado en una sociedad como la china, en la que tan sólo cuarenta años antes, el nacimiento de una niña era considerado como una desgracia familiar. Y si nos remontamos un poco más en el curso de la historia, no tardaríamos en encontrarnos con la pervivencia de costumbres como las de impedir el crecimiento de los pies de las adolescentes en nombre de una exigencia estética tras la que se ocultaba el papel social a que estaba limitada la mujer china.

UNA POLACA EN EL EVEREST

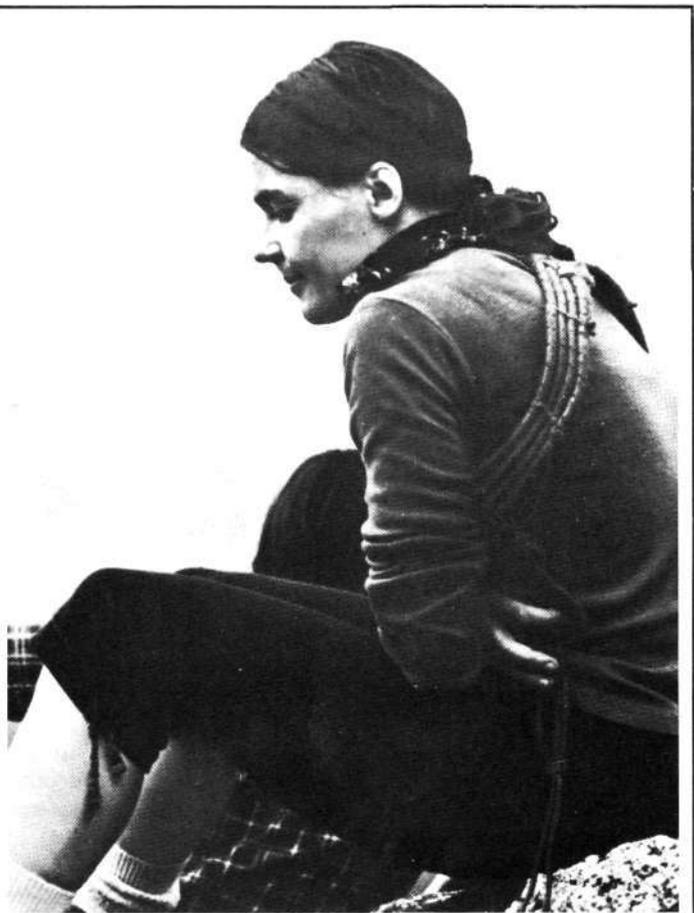
En el otoño de 1976 dos mujeres forman parte integrante de la expedición norteamericana al techo del mundo organizada con ocasión del 200 aniversario de la fundación de los EE.UU. Una de ellas era Arlene Blum, quien aún no pudiendo sobrepasar la cota de los 7.467 metros en la pared del Lhotse, descendería de las laderas del Everest con el deseo obsesivo de ver una norteamericana sobre la cima de un «ocho mil», logro que ya habían alcanzado cuatro japonesas, dos polacas y una china. Dos años más tarde su anhelo se vería cumplido cuando una expedición femenina que ella misma dirigía alcanzaba el 15 de octubre del 78 la cumbre del Anapurna I. Pero lo que Arlene no sabía en aquellos momentos era que tan sólo un día más tarde otra mujer, empeñada como ella en demostrar la capacidad de su sexo dentro de los niveles superiores del alpinismo, lograba la tercera ascensión femenina al Everest, dentro de una expedición alemana dirigida por el veterano K. Herrligkoffer. Se trataba de la polaca Wanda Rutkiewicz, un nombre ya popular en los medios alpinísticos de todo el mundo, merced a su dilatado historial en el que se incluían ascensiones de la importancia de la Norte del Eiger en los Alpes, el Noshag (7.492) en el Hindu Kush, el Pico Lenin (7.134) en el Pamir y el Gasherbrum III (7.952) en el Karakorum, que hacían de ella la figura más destacada del alpinismo femenino de la actualidad. Sin lugar a dudas, Wanda, ingeniero electrónico de profesión, era a sus 35 años un buen exponente del gran nivel de que está haciendo gala el alpinismo polaco.

«La conquista del Everest —declararía después— es el mayor logro de mis 16 años de carrera deportiva. De las muchas impresiones que proporciona una ascensión como ésta, la que más se grabó en mi memoria fue la llegada a la cumbre.»

Wanda RUTKIEWICZ, la polaca simpática y de apariencia tranquila, está considerada como la alpinista más grande de nuestra época. Su historial, muchas veces en cordadas femeninas, es imponente.

En 1975 dirigió una expedición al Karakoram, que puntuó el Gasherbrum II (8.035 m.) y la montaña virgen más alta entonces, el Gasherbrum III (7.952 m.), cima a la que ella personalmente subió.

En 1978 subió al Everest.



Dos alpinistas famosas que no llegaron a la cumbre del Everest. Claude Kogan, belga, desapareció en 1959 en la primera expedición femenina a un ochomil, el Cho Oyu. Ivette Vaucher, estaba destinada en 1971 para ser la primera mujer en ascender al Everest, pero la expedición no tuvo éxito.

«Tampoco olvidaré —diría también— los momentos más duros de la ascensión del Glaciar de Khumbu, o la superación del último tramo de la arista final. Reconozco que entonces sentí miedo, pánico, temor, soledad; pero poco después pude vivir los momentos más hermosos de mi vida, ¡me encontraba sobre la más alta montaña del mundo!»

Sin embargo, esta creciente presencia de escaladoras en los anales del Everest

también iba a inscribir por primera vez un nombre de mujer en la larga lista de quienes perdieron la vida en el intento de conquistar la montaña de las montañas. El pasado otoño, Hannelore Schmatz, esposa del jefe de una expedición alemana que había logrado llevar a doce de sus componentes hasta la cumbre, quedaría para siempre entre los hielos de la cresta final, tras haber alcanzado su sueño de ser la cuarta mujer en pisar la cima del Chomolungma.